

HOMENAJE POSTUMO AL DR. FERNANDO OCARANZA

II

EL DR. OCARANZA, FISIÓLOGO*

DR. IGNACIO GONZÁLEZ GUZMÁN

EN LOS AÑOS en los que en nuestras luchas revolucionarias se imponía el constitucionalismo, de la lejana Sonora llegó un médico militar que deseaba dedicarse a la docencia, se llamaba Fernando Ocaranza. En nuestra Escuela sólo existía una cátedra vacía desde hacía algún tiempo: la de Fisiología Humana. El recién llegado la aceptó con entusiasmo.

En ese día, la Escuela Nacional de Medicina recibió a quien sería un gran maestro y el destino a uno de sus elegidos.

En aquellos tiempos, para él, la fisiología tenía dos caras: la humana y la esencial, la universal, presente en todo lo que vive, en la que se funde el origen de la vida y la alucinante fenomenología que en ciclos inexorables se inicia en el balbucir de la vida y termina en el frío aniquilamiento de la muerte.

Su inteligencia profunda y clara y su innato método científico le hacían estudiar las funciones orgánicas, con luces penetrantes. Para juzgar el valor de una doctrina o de una hipótesis o simplemente el significado de un fenómeno, siempre tenía a la vista los argumentos probatorios, las experiencias de contra-prueba.

En su mente libre de prejuicios y aligerada de lastres que tiró por la borda desde sus años mozos, la mecánica del juicio era siempre determinista, nunca finalista. Estaba contento cuando alcanzaba a vislumbrar la sucesión y concatenación de una serie de fenómenos, cuando veía cómo un fenómeno era la causa de otro. Le apasionaba "el cómo" de la intrincada urdimbre de las funciones. Nunca malgastó el poderío de su inteligencia en elucubraciones finalistas, no creyó en "el para qué" ni sus capacidades indagativas fueron influidas por ente-

* Palabras pronunciadas por su autor en la sesión del 19 de mayo de 1965.

lequias innecesarias o conceptos extraños a los hechos mismos o al libre ejercicio de la razón.

¡Cuántos sectores oscuros de la fisiología fueron clarificados por el maestro! Recuerdo particularmente la fisiología gástrica, las múltiples intervenciones quirúrgicas destinadas a mostrar qué papel desempeñaban los diversos territorios de la viscera, y cuando los estudiosos llegaron a la integración del fenómeno, cómo lo influía el funcionamiento del sistema nervioso central. Nos asomábamos entonces al campo fecundo de los reflejos condicionados.

A veces gustaba, como Claude Bernard, el grande, de las experiencias "para ver" y don Fernando sabía ver bien. Solía encontrar puntos de partida, caminos nuevos por los que adentrarse en la penumbra. Había intuiciones de claridad. A la hematología de los animales y de los hombres que viven en los altiplanos, él aportó datos valiosos derivados de la observación y de la experimentación, pero sobre todo, contribuyó a destruir conceptos finalistas sobre "lo que debería existir" para que el hombre y los animales se adaptaran a la vida en las alturas y "para que" los seres vivos no sufrieran al respirar atmósferas enrarecidas, pobres en oxígeno. En cambio, vio cómo la poliglobulia de las altitudes daba a la sangre una mayor cantidad de hemoglobina y cómo el aumento del pigmento vehiculizador de oxígeno, podía llevar a los tejidos, la misma cantidad de este gas que transportaba en las personas que vivían al nivel del mar.

Seguir enumerando capítulos brillantes de sus estudios, desbordaría el tiempo de esta intervención; pero antes de dejar la cara de la fisiología humana, sólo deseo recordar que debemos a Fernando Ocaranza, un "Tratado de Fisiología", en el que han abrevado muchas generaciones.

La otra fisiología: la universal, la ciencia misma de la función y de la vida, era para él una devoción y fue durante sus largos años, una claridad inextinguible.

Le oíamos hablar del origen de la vida y cómo discernía con agudeza y erudición sobre tantas hipótesis, desde la panspermia de Svante Arrenius, que nos hacía venir la vida desde los inmensos espacios siderales hasta la doctrina de Duclaux, que veía al principio de la vida multimillonaria de la tierra, cómo proteínas sencillas formaban polipéptidos, plegadas como cartas henchidas de secretos y de augurios, para formar después otras más complejas en las que aparecía el complicado dinamismo de los coloides y, por fin, los complejos moleculares en los que aparecían los esbozos de la vida.

Han pasado más de cuarenta años; ahora hemos logrado desintegrar la estructura y la vida de los virus, y con los fragmentos muertos, rehacer la vida bajo nuevos moldes y ver cómo evolucionan de nuevo hasta reivindicar los arquetipos. Cómo se iluminaban sus ojos, cuando no hace mucho le refería yo cómo la vida había sido creada en el laboratorio.

Qué profundo sabor filosófico tenían sus comentarios al apotegma de Dastre: "La vida, es la vida, es la muerte".

Cuando estudiábamos con él la teletoquia de algunos insectos, esa partenogénesis perpetua de hembras nunca fecundadas, a veces acaecida en algunos roedores, hasta épocas relativamente avanzadas, le oíamos aplicar las leyes del mendelismo con su simplicidad irresistible.

Al estudiar los fenómenos de hibridación y ver en qué formas tan variables el producto de ella, mostraba a veces los caracteres paternos y otras ocasiones los maternos, su juicio profundo y sagaz llegaba a conclusiones sorprendentes. Cómo cuando se aíslan el núcleo y el protoplasma de las gonadas de pequeños metazoarios marinos y después se hace vivir el núcleo de un espermatozoide de una especie determinada en el protoplasma de un óvulo de otra especie distinta pero cercana y lograr el completo desarrollo del híbrido, éste podía presentar los caracteres maternos o paternos, según que el núcleo del espermatozoide estuviera turgente e intacto o que hubiera sufrido discreta pérdida de su substancia. En el primer caso el híbrido sería semejante al padre, en el segundo a la madre.

La causa de ello sería que el núcleo espermático, al final de su evolución, pierde "determinadas substancias" necesarias para la orientación del híbrido hacia el tipo paterno. Ha pasado medio siglo y nos adentramos ahora en una genética nueva, que va más allá de los conceptos mendelianos, en que aparece el RNA mensajero que abandona los cromosomas y lleva al protoplasma un mensaje, una orden, sobre cuáles son las proteínas que deben formarse, cómo deben integrarse los polipéptidos y cómo plegarse para formar las proteínas específicas. Nos asomamos a una milagrería de la bioquímica, en la que aparecen como parejas nupciales, ácidos aminados y sus enzimas específicas y grandes jercarcas enzimáticos que todo lo arreglan y componen, en esa secuencia fascinante de la herencia y la genética.

Han pasado muchos, muchos años, y el recuerdo nos trae a don Fernando, avizorando una alborada, mientras su palabra elegante y ágil nos hacía visitar mundos intangibles y extraños, en los que una pálida doncella, frígida e insensible, *doña Asteria glaciales* iba a contraer nupcias experimentales y monstruosas con don *Paracentrotus lividus*.

Y así se iban sucediendo las lecciones, como, por una especie de encantamiento, el hombre puede cambiar las formas de los seres vivos y su devenir ontogénico, conjugando la bioquímica, con las condiciones ambientales, bajo la varita mágica de su genio.

Don Fernando, fue además, un fisiólogo de la vida, supo lo que es bello, lo que es noble. Supo abrir de par en par las ventanas de su conciencia a toda idea y a toda doctrina, que pueda integrar sin dogmatismos sectarios, las ideas que están en las más hondas raigambres de los sentimientos humanos. Su ex-libris, así lo afirma:

“Me descalcé a la entrada de la mezquita de Santa Sofía. He llorado con los judíos frente al muro de las lamentaciones y he tocado con mi frente el suelo de la basílica romana”.

El sabía, y así nos lo enseñó, que el espíritu no es ágil si lo aprisionan los prejuicios, que el pensamiento no puede levantar el vuelo si no hay en sus alas el poderío de la libertad.

El fisiólogo de nuestro barro humano ha muerto. El devoto de la fisiología universal de la vida ha muerto, pero su ejemplo luminoso dejó un surco en nuestras conciencias y su filosofía vital perdura en nosotros, sus discípulos, por ello vengo en esta noche a dejar en esta Academia, la devoción de mis recuerdos y estas palabras henchidas de emoción y de cariño.